

Prólogo

Cuando una amiga muy querida me presentó a Juana Castro, a principios de los años noventa, empecé a leer sus poemas con la lentitud y el abandono que requiere el placer y, enseguida, supe que había tenido la fortuna de conocer a la mejor poeta viva en lengua castellana de mi tiempo. Hoy, casi veinte años después, sigo frecuentando su poesía y continúo pensando lo mismo que entonces, pues ella sigue siendo mi favorita. Su obra ha ido creciendo en este tiempo y junto a ella mi admiración y mi gratitud por sus poemas, pura materia viva femenina alentada por un alma exquisita de mujer pasión.

La suya es una poesía que pide ser tocada, olida y saboreada. Ella es una poeta del cuerpo, del cuerpo espiritual, de los sentidos y los sentimientos y, a menudo, leer sus versos te hace sentir un pudor perfecto, ese que te ruboriza y te hace sonreír a la vez, porque la poeta se desnuda en ellos y te desnuda a ti también con amorosa delicadeza.

Sus palabras desvelan y arropan el cuerpo que somos, infinitamente sagrado y vulnerable, con la sabiduría creadora de quien lo da a luz, lo cuida, le enseña a hablar y luego le deja ser. Son los poemas de una mujer que trae al mundo el mundo y lo habita plenamente.

Bendita seas Juana, “la colmada de gracia (y también de locura)”.

Ana Mañeru Méndez